

gularizada, inspiración sujeta á la voluntad, por decirlo así.

Este interesante rincón va á desaparecer de la corte española. Galdós, en lo sucesivo, trabajará en Santander y vendrá á Madrid á observar, distraerse y reposar de su abrumadora tarea. En Madrid libará, y cargado con su botín, volará á las orillas del Cantábrico á transformarlo en miel. Ya le veo sonreirse cuando lea este párrafo.... «¡Yo abeja!...» Abeja, sí, y melificadora como la más pintada. Sólo que las mieles de la realidad les saben á hieles á los bobos.



JUICIOS CORTOS

LA NOVELA EN LA LÍRICA ¹

DESDE hace años se advierte que nuestros mejores poetas líricos sustituyen á la leyenda más ó menos zorrillesca, que podemos llamar *novela histórica* en verso, con el episodio contemporáneo, asimilable á la novela actual. *El tren expreso*, de Campoamor, ¿qué es, bien mirado, sino un delicioso cuento? Que se encargue otro maestro prosista de quitarle la rima, y, esencialmente, no perderá mucho. Lo mismo puede decirse de *Dichas sin nombre*, de *La lira rota*, y de otros *pequeños poemas*, donde el genial autor se propuso interesar á los lectores, no ya por sultanas, castellanas y reyes del tiempo viejo,

¹ Poemas vulgares de Emilio Ferrari. I. *Consummatum*.
~En el arroyo.

sino por la vida moderna, por nuestro modo contemporáneo de sentir, de sufrir y de amar.

Núñez de Arce, que es de los poetas más *misoncistas* y apegados á la tradición que aquí hemos tenido, se defendió cuanto pudo contra la inspiración modernista, y antes de descender á la humanidad presente, la que usa paraguas y viaja en ferrocarril, evocó las grandiosas é imponentes sombras (grandiosas é imponentes sí, pero sombras al cabo) de la historia y la leyenda, y nos fué mostrando en su linterna mágica, con más ó menos carácter de verosimilitud, pero siempre vestidos de espléndido ropaje, á Raimundo Lulio, Lutero, lord Byron, amén de sombríos figurones feudales, como los del *Vértigo*. Al fin hubo de rendirse: el aura le empujó lo mismo que á todos: soplabá aquel día pura, fresca, embalsamada de tomillo y rosas silvestres, y salió *El Idilio*. No era tan buena racha, ni mucho menos, la que presidió al nacimiento de *Maruja* y de *La Pesca*. En estos dos poemas, la musa

teatral y sonora del autor de *Miserere* quiso descender más aún del trono de nubes y adaptarse á la poesía del *intimismo* casero y plebeyo, y el esfuerzo por violentar su inclinación y su naturaleza es de éxito problemático, hasta para los autores más dueños de la forma, posible encubridora del fondo.

El camino que va siguiendo Emilio Ferrari es muy análogo al de Núñez de Arce,—de quien es hoy, sin duda, el mejor secuaz, el que más ha bebido en las fuentes de la común patria castellana la grandilocuencia del lenguaje y el conocimiento del valor musical de ciertas palabras castizas y vibrantes como bronce de campana.—Ferrari debió su primer triunfo, una brillante lectura en el Ateneo, á la evocación de uno de esos fantasmas históricos de que antes hablé: *Pedro Abelardo*. De aquella noche quedó memoria: el entusiasmo del auditorio se comunicó á la prensa, y de la noche á la mañana Ferrari se contó entre los poetas dueños, como dicen en Francia, de *l'oreille du*

public. Sus versos tuvieron lectores y compradores; las ediciones de *Pedro Abelardo* se multiplicaron: hoy se vende la quinta.

Á *Pedro Abelardo* siguió (sí no me equivoco, pues no tengo aquí á la vista documentos) la leyenda histórica *Dos centros y dos almas*. En ella se destaca un fragmento en quintillas, que por la buena pasta del color, y lo movido y sentido de la composición, recuerda el famoso cuadro de Pradilla, *La rendición de Granada*. Este trozo pintoresco se lo oí leer varias veces á Ferrari, delante de auditorios muy distintos entre sí, y siempre arrebatándolos. Es de advertir que Ferrari lee muy bien, prenda rara en nuestros escritores y poetas: con voz timbrada, clara y viril, con inteligencia de gradaciones y contrastes.

Al cabo varió la orientación poética de Ferrari, en el mismo sentido que la del maestro, sólo que revelando más flexibilidad para adaptarse al nuevo estilo. Tal vez no consiste esta flexibilidad sino en la

diferencia de años, porque pasados los cuarenta y cinco se endurecen los huesos.... estéticos, y se aferra el alma á la convicción, ya consagrada por la gloria. Lo cierto es que en los dos *Poemas vulgares* de Ferrari, ahora reunidos en un tomito, se nota algo del sentimiento delicado y hondo que nos cautiva en el autor de *La vendedora de periódicos*, Francisco Coppeé.

Al escribir este nombre, lamento no tener aquí en mi Granja de Meirás el artículo que dedicó en *El Imparcial* el Sr. Balart á las poesías de Ferrari. Recuerdo vagamente que, en opinión del Sr. Balart, no se parece á Coppeé Ferrari; pero no sé qué razones alegaba para negar la semejanza, que yo tampoco tengo por exacta, aunque sí por *aire de familia*, sobre todo en la historia de *Primavera*. Lo único que sé con certeza, es que el respetado crítico juzga muy favorablemente al autor de *En el arroyo*.

Digo, pues, que los dos poemitas están impregnados de ese moderno lirismo que

tiene sabor caritativo, pues eleva á la dignidad y alteza de la poesía las aventuras y desventuras de los pequeños, de los ignotos, y llora las aflicciones de una Magdalena ó de un granuja como lloraría las de María Estuarda.

El argumento de *Consummatum* trae á mi memoria reminiscencias de un cuento-cillo ó «esbozo al pastel» de Pablo Bourget, titulado *Secum sola*; pero mientras la heroína de Bourget es la mujer rechazada por su esposo, privada de su hijo y abandonada por su amante, que se retira á una casa de campo para extinguirse lejos del mundo, «porque no se cuenta en el número de las almas vulgares que pueden atravesar tragedias semejantes sin morir», la heroína de *Consummatum* es la *traviatta* de aldea que

«... como se lanza
La inadvertida alondra á la asechanza
Del espejuelo seductor, hace años
Abandonó su hogar pobre y sencillo,
Para seguir, cegándose á su brillo,
De la ambición los pérfidos engaños.»

Desde su pobre granja, desde el rústico hogar que fué albergue de su niñez, pasó á una vida de crápula, que, minando su salud, trajo el desencanto inevitable. Entonces quiso venir á fallecer donde había nacido, entre las tristezas de la otoñada, oyendo los alegres cantos de los vendimiadores, cuya hermosa descripción entusiasmó tan de veras á los oyentes del Ateneo. Sólo por ese fresco cuadro báquico-rural habría ya motivo de felicitar al autor de *Consummatum*.

En el arroyo, que tiene menos de alegoría poemática, veo más drama, más sensibilidad, más relieve. Es la historia del granujilla, hijo del clandestino y culpable amor de una pecadora de elevada jerarquía social. *Primavera* recuerda como un sueño feliz de la infancia la cara de su madre, sus besos, su palacio, y lo recuerda *en el arroyo*, cubiertas las carnes de harapos, durmiendo sobre los bancos de la plaza. Un día ve pasar un carruaje con el tiro desbocado: dentro va

ella.... El rapaz se lanza, y, arriesgando su vida, detiene el tronco. Entonces

«Tendiéndole ella una mano
Del fino guante ceñida,
Corrió á estrechársela ufano,
Y fué á darle un sobrehumano,
Un primer beso en su vida;
Pero al asirla, sintió
Con el roce de la seda
Algo frío: el beso ahogó,
Y en las suyas oprimió
La vil paga: una moneda.

.....

»Aun vió á la dama, anhelante,
Volver, temblando, la adusta
Pálida faz un instante;
Oyó en seguida, vibrante,
El restallar de la fusta;
Fué con ira y desconsuelo
Perdiendo de vista el coche,
Alzó los puños al cielo,
Tiró el oro contra el suelo....
Y tuvo hambre aquella noche.»

El romance que forma la primera parte de este bello poema, es sin disputa de los mejores que conozco en castellano. Ser ía

preciso citarlo todo. Pero apenas habrá quien no lo haya leído.

Ferrari es premioso en producir. Sus versos, por ahora, no forman un mediano tomo. Esto ni es elogio ni censura, pues considero esto de la *cantidad* un elemento extrínseco del mérito literario. Sin embargo, Ferrari necesita escribir algo más para afirmar su personalidad completamente, y que sepamos si es capaz de abrirse surco propio dentro del *intimismo* vulgar á que hoy aspira. Entonces tendrá definitivamente señalado puesto de preferencia en la jerarquía de aquellos poetas excelentes, que ni nunca faltan del todo, ni abundan jamás.





BLANCA DE LOS RÍOS ¹

UNA vez me acusaron las señoritas librepensadoras—que publicaban (y no sé si continúan publicando) un periódico, creo recordar que en Almería— de indiferencia absoluta hacia la ilustración de las demás mujeres, y de olímpico desdén por sus esfuerzos para aprender, pensar y escribir. Buenas ganas que se me pasan á veces de decir cuanto se me ocurre y descubrir los móviles de esta falta de *solidaridad* y *compañerismo* que en mí reprendieron las señoritas citadas; pero creo que no es tiempo aún, y peor sería menearlo. Lo único que *adelantaré á mis lectores*, es que no ceso de rezar para que

¹ Á propósito del *Romancero de Don Jaime el Conquistador*.

Dios nos mande una cosechita de Staëles, Ackermanes, Santas Teresas, marquesas de Chatelet, Safos, una nidada, en fin, de eminencias hembras, de cualquier color y hechura, á fin de recrearme con su trato, aprovechar su enseñanza, y batir palmas á cada triunfo que consigan en la crítica, en la lírica, en la santidad ó en la ciencia. ¡Ah! Y no omitiré añadir que cuando las mujeres escriben boberías..., me desagradan exactamente lo mismo que cuando las escriben los hombres. Ni un grado más, pero tampoco un grado menos. Así que olfateo en una mujer alguna de esas cualidades que honran, no sólo á su sexo, pero á la humanidad total, indivisible compuesto de hembra y varón; así que noto persistente y no fingido amor al estudio, modestia *activa*, que se revela, no en protestas generalmente poco sinceras, sino en la constancia de ese mismo estudio, que prueba el deseo de adelantar; así que reunidas á tan estimables dotes veo aptitudes que justifican la vocación literaria, mi mano se tiende para estrechar

fraternalmente la mano juvenil, y mi simpatía está conquistada. Blanca de los Ríos es sencilla, tímida, de endeble salud, de vasta y bien guiada instrucción, de carácter plácido que oculta una tenacidad sorprendente, prenda de victoria en las empresas de investigación bibliográfica. De casta le vendrá, pues es sobrina del eminente historiógrafo de nuestras letras, D. José Amador de los Ríos. Conociendo el origen y aficiones de Blanca, no me sorprendió leer hace un año en *La España Moderna* el completo estudio sobre las evoluciones y transformaciones del tipo de Don Juan en el drama lírico, ni me sorprende ahora ver anunciada en la última página del *Romancero* la publicación de un *Estudio biográfico y crítico de Tirso de Molina, obra premiada por la Real Academia Española*. De esto de acometer (con formalidad) el estudio de Tirso y su Teatro, no se puede figurar la señorita Blanca de los Ríos las cosas buenas que estoy dispuesta á opinar y decir. Porque así Dios me salve como me iba

hartando de historietas sentimentales ó tontamente licenciosas, y de pujos morales; y de extravagancias espiritistas, con otras malas hierbas y flores cursis del erial femenino— que no quiero llamar *literario*.— Escasean y siempre escasearán las mujeres *progeneradas*, y los varones *progenerados* también: de eso no hay que echar á nadie la culpa, sobre todo desde que hemos aprendido de Richet, en su prólogo á la obra más notable de Lombroso, que el *genio* es un ser anormal, una excepción, y que la naturaleza lo sufre de muy mala gana y lo suprime siempre que puede, cuidando ante todo de la uniformidad de nuestra pobre especie, ni más ni menos que el rey Pepino de la nivelación del espinazo de sus cortesanos. Mas el genio es una cosa y la cultura general otra (no sé si diga la contraria, como que la cultura general coopera á esa uniformidad, aspiración, según Richet, de la naturaleza), y nunca han estado más horros y limpios de cultura los anales de las letras femeninas que desde

mediados del siglo acá. Han escrito en nuestros días las mujeres como el pueblo, sin la espontaneidad del pueblo; como el niño, sin la espontaneidad del niño. Me han contado de una poetisa que no quería leer á los clásicos, «por no perder la originalidad». Y no se crea que esta gracia pertenece á España sola. Podríamos llenar algunos pliegos con observaciones hechas en París, concernientes á escritoras y literatas, en cuyo cándido ropaje de *asofia* (lo diremos en griego, para mayor templanza) no ha caído ni una manchita así de... de «humanas disciplinas», vamos. Era asombroso lo que no sabían aquellas benditas señoras, tan tocadas de *jorgesandismo*. Por ignorar, ignoraban cómo se disimula la virginidad de una «acéfala insipiente».

Blanca de los Ríos se presenta versada en las letras, amiga del libro y del documento, sobre el cual no hay más remedio que «socarrarse las cejas», como escribió un poeta antiguo. No conozco su estudio sobre *Tirso de Molina*, aunque tengo de

él noticias excelentes; pero en los años floridos de la autora, veo un mérito singular sólo en el intento de ese trabajo, cuya publicación espero que sentará sobre firmes bases la fama de la autora. De su *Romancero de Don Jaime el Conquistador* sí puedo decir algo, pues lo tengo á la vista; y lo diré con la claridad afectuosa que Blanca merece. Yo creo que la poesía en la señorita de los Ríos, no es más que un incidente de la juventud, y que, en la evolución de sus facultades literarias, la lírica ha de quedar absorbida por la erudición. Esto no significa que me disguste el *Romancero*. Lo encuentro agradable de leer, y tiene romances como el *Relato de un trovador*, donde hay verdaderas bellezas de forma. Pero es la misma índole de esas bellezas la que me hace presumir que la autora obedecerá al desenvolvimiento de una vocación de prosista estudioso más bien que de poeta lírico ni épico. Lo mejor de los Romances, son rasgos de interpretación diestra y delicada de una época histórica que la auto-

ra siente al través de los libros; véase un ejemplo:

«Bien dicen acá en Castiella
Letrados et sabidores,
Que los tuertos de los reyes
Et los yerros de los nobles
Han de escribirse en arena,
Et sus virtudes en bronce,
Porque los bienes perduren
Et los pecados se borren.»

Si este librito de poetisa no se puede confundir con otros que nada revelan ni prometen, es gracias á cierto sentimiento de la época descrita, unido al propósito de conocimiento y estudio reflexivo de sus costumbres y movimiento histórico. Sin indigesto aparato de erudición, está bien fundado el *Romancero*, y delata la extensa lectura de la señorita de los Ríos. La cual, dentro de diez años (ó mucho me equivoco) utilizará su destreza de versificadora en dar á su prosa cadencia y sonoridad.





ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

CIENCIAS.

Progresos de la Antropología, por el marqués de Nadaillac. — Versión castellana de Rafael Álvarez Sereix. — Folleto. — Madrid, 1891.

EDUCACIÓN.

Escrituras libres por niños de ocho á diez años, educandos de Ángel Bueno. — Primera serie. — Un tomito. — Madrid, 1891.

HISTORIA.

Historia de Santa Mónica, por Mons. Bougaud. — Versión castellana de D. Gerardo Villota. — Segunda edición. — Un tomo. — Barcelona, 1891.

Atocha: ensayos históricos, por el Dr. D. José S. Jiménez Benítez.—Dos tomos.—Madrid, 1891.

Nueve músicos clásicos y seis artistas españoles, por Enrique Sánchez Torres.—Folleto.—1891.

El Papa y los problemas sociales.—Versión castellana de Rafael Álvarez Sereix.—Folleto.—Madrid, 1891.

POESÍA.

Antología de poetas líricos castellanos, con prólogo de Marcelino Menéndez y Pelayo.—Tomo II.—Madrid, 1891.

El drama universal, por Ramón de Campoamor.—Con prólogo de Ezequiel Ordóñez.—Valencia, 1891.

Romancero de Don Jaime el Conquistador, por Blanca de los Ríos.—Un tomo.—Madrid, 1891.

NOVELA.

Ángel Guerra, por B. Pérez Galdós.—Tomo III.—Madrid, 1891.

A Christian Woman, por Emilia Pardo Bazán (traducción al inglés de *Una cristiana*).—Un tomo.—Nueva York, 1891.

A wedding trip, por Emilia Pardo Bazán (traducción al inglés de *Un viaje de novios*).—Nueva York, 1891.

Manolín, por Eva Canel.—Un tomo.—Havana, 1891.

Capullos de novela, por Antonio de Valbuena.—Un tomo.—Madrid, 1891.

CRÍTICA.

Un poco de todo, por Rafael M. Merchán.—Folleto.—Bogotá, 1891.



